

A la poética de la historia

Delirio americano. Una historia cultural y política de América Latina

CARLOS GRANÉS

Penguin Random House, Bogotá, 2022, 593 pp.

SON MUCHOS los versos que aparecen en este ensayo deslumbrante y exhaustivo de Carlos Granés. Y, entre ellos, no son pocos los que podrían disputarse el mérito de echar luces sobre este continente tan ávido de desciframientos en clave poética (anticipo, desde ya, la espina dorsal del libro). En el comienzo está el vanguardista Huidobro, asomándose desde el primer epígrafe, poniéndonos a tono con la galería de personajes de ese largo siglo xx latinoamericano que Granés, minucioso e inquisitivo, libre de dogmatismos y equipado de humor, nos va a desgarnar uno a uno. “Mientras que el ensueño pertenece a todo el mundo –dice Huidobro–, el delirio solo pertenece a los poetas”. Y, en efecto, salvo unas contadas excepciones, el delirio a lo grande, a lo mero mero, será la nota distintiva de los poetas que ocupan las páginas de este recorrido cultural y político por América Latina, admirablemente trazado por Granés.

Si Huidobro se detiene en el talante de los personajes del tablado, para reincidir en la vieja metáfora del mundo como teatro, hay quienes atienden a la descripción del escenario. Lo hace Rubén Darío, quien paternalista y sociológico habla de una “América ingenua que tiene sangre indígena, / que aún reza a Jesucristo y aún habla en español”, y también, aunque más juguetón y desacralizado, el mexicano Carlos Pellicer, desliendo un tanto la adustez del nicaragüense: “América, América mía: desde el alarido del salvaje hasta la antena de radiotelegrafía”. Otro modernista como Darío, el peruano José Santos Chocano, busca la solución en el crisol íntimo de nuestro mestizaje: “La sangre es española e incaico el latido”, dirá en el terceto final de uno de sus sonetos más célebres. Y en las celosías de palma del Caribe el laberíntico Lezama Lima encuentra el significado de América; más que en la

geografía o en la historia, en el evento, en el hecho de ser alumbrado en esta parte del mundo: “Nacer aquí es una fiesta innombrable”. Y un terror inenarrable, le faltó agregar, aunque de explicar esa pequeña omisión se encargarán con desinhibida lucidez las más de quinientas y abultadas páginas del ensayo de Granés.

Sin duda. Los poetas citados por Granés atinan bastante. Sin embargo, quien a mi juicio alcanza el punto más alto, en el empeño de ajustar cuentas con esta realidad proteica e inabarcable del continente latinoamericano, es un prosista. Cubano como Lezama Lima, aunque con una vida menos aferrada a los confines de la isla, Alejo Carpentier, en *¡Écue-Yamba-Ó!*, su primera novela, da en el clavo cuando dice que en América, invulnerable como ha sido a los desengaños de la demostración racional, aún se conserva la costumbre “de admitir la existencia de las cosas en cuya existencia se cree”. Aunque Carpentier se refería con esto a las fronteras porosas entre mito y realidad tan presentes en los pueblos del Caribe, su frase no deja de ser aplicable a la ciega convicción con que hemos asumido nuestras aventuras políticas (la otra columna vertebral de este libro). Y es justamente por eso, por el furor con que prenden y se vuelven infalibles ciertas ideas entre nosotros, por el hecho de que la fe y las armas acaban empuñándose con las mismas manos, que las utopías socialistas y el llamado al heroísmo de los regímenes fascistas imantan con igual hechizo, que los redentorismos telúricos y los liderazgos ateos arrastran con urgencia comparable.

Pero tanto empeño puesto en la defensa de una idea, dirá Granés, no suele encubrir otra cosa que la más descarnada y cruda lucha por el poder. De nuevo, será un prosista, un profesor de filosofía de provincia, un maoísta cerril y obseso, fanático y cruento, quien apure la síntesis más explícita a propósito de dar con la entraña oculta, tras la orla de soflamas y grandilocuencia, de las ideologías políticas. Simple, llano y al punto, características inusuales en un revolucionario acostumbrado a la verborrea indigerible de pasquines y proclamas de los años setenta, en su sentencia Abimael Guzmán, fundador y líder máximo de la guerrilla peruana

Sendero Luminoso, no dejará resquicios de duda: “Salvo el poder, todo es ilusión” (p. 412). Trocadas ciertas palabras, sería casi un verso para encajar en un soneto amoroso, como el del inocente piedracielista colombiano Eduardo Carranza: “Salvo mi corazón, todo está bien”. Aunque Carranza, como bien nos lo recuerda Granés, de inocente no tenía un pelo. Con veleidades fascistas en su juventud, miembro de la cochada de derechas de Gilberto Alzate Avendaño, no tuvo empacho en sumarse a la ola de entusiasmo que despertó la gesta romántica del Che en los años sesenta. Porque sí, también hemos sabido ser contradictorios.

Más que la excepción, el caso de Carranza será la regla. Como un péndulo que va y viene, oscilando según los vientos y las circunstancias, la mutación política será constante en toda América Latina a lo largo del siglo xx. Los ejemplos son muchos y corresponde a un Granés de rica solvencia narrativa el ir desenmarañando los hilos de esta trama en la que antiguos admiradores de Mussolini mudan en nacionalistas de izquierda y revolucionarios americanistas vuelven la vista hacia Hitler con tal de no concederle nada al pernicioso influjo del imperialismo yanqui. Emparentada con el fenómeno anterior, está la instrumentalización de la cultura por la política, tal vez el tema donde Granés mejor explota sus sobradas dotes de ensayista. Memorables son sus desmascaramientos de los discursos celebratorios de lo vernáculo y autóctono, calas abiertas por donde el nacionalismo más ramplón y corrosivo medró sin sofreno hasta alturas insospechadas, y sus incisivas críticas a aquellos artistas tan capaces de arrojo estético como de abdicación obsecuente a una causa.

En esta puesta del arte latinoamericano al servicio de la política, tal vez se alcanzó uno de los puntos más altos y delirantes cuando un radicalizado Siqueiros, portentoso muralista ganado a la causa de un estalinismo férreo, planeó y ejecutó, acertando por poco, el atentado contra el líder soviético León Trotski, eterno perseguido y prototipo del hombre desengañado con las utopías tempranas del siglo xx. Con esos proyectos que buscaron transformar el destino de la humanidad y acabaron, más que por crear un paraíso, engendrando un leviatán, un monstruo cuya

voracidad sin límite se cebaba con especial inquina en quienes, como Trotski, lo habían amamantado para luego tener la osadía de volverle la espalda.

Aun cuando acerba, tirante y despiadada, la batalla por las ideologías no es sino una parte de una pregunta anterior, más grande y global, el interrogante permanente, denodado y feroz por resolver la cuestión de nuestra identidad, de esa esencia pura e indivisa, origen último de la singularidad latinoamericana. Granés, haciendo explícita la esterilidad de esta búsqueda, sus caminos inconducentes y tautológicos, reserva un recurso de estilo para engastarle una ironía adicional y refrescante a esta cuestión irresoluble: el recurso de la adjetivación numerosa, desdoblada en una cadencia virtualmente infinita, pues América Latina ha sido “modernista, vanguardista, gaucha, india, colonial, católica, teósofa, negra, universal” (p. 145); su esencia, “india, andina, primitiva, moderna, gaucha, campesina, mestiza” (p. 266) y su consecuencia un continente “enfermo, sano, mestizo, vernáculo, solitario, incomunicado, popular, utópico o salvaje” (p. 481).

No les faltarán críticas a varios planteamientos de Granés, osados y desmitificadores como son muchos de ellos. Y de seguro más de un energúmeno saldrá a la palestra a tildarlo, muy a la usanza latinoamericana estudiada en el libro, de reaccionario y enemigo de la causa. Gajes del oficio de quien escribe sin agendas ocultas, estridencias de vocería ni con el ánimo de ponerse a tono con la indigesta corrección política contemporánea. Sus herramientas, como las del buen ensayismo, son las de una erudición deleitable, una prosa grácil y airosa, y una inteligencia alerta y acerada. Solo en un punto, al puro principio, se equivoca verdaderamente Granés, cuando en la antesala del ensayo le propone al lector un manual de instrucciones para abordar el libro. Indica allí que, según los intereses de cada quien, bien puede leerse solo una parte, o bien otra, saltándose tramos enteros si así se considera. Pero no. Está equivocado. Pocos libros como este, más que singular o único, inadjetivable –como el continente mismo que retrata–, ameritan una lectura tan decididamente integral y completa.

Jerónimo Uribe Correa